



a esas experiencias, aunque no tenían relación directa con el arte, «el sentimiento estético», no porque estuviesen asociadas con la belleza, aunque no carecían de ella, sino porque evidentemente estaban disociadas de las limitaciones y presiones y egocentrismo de la existencia ordinaria, y yo veía el mundo como a menudo debe de verlo el artista. Me imagino que esta experiencia no puede ser poco común.

He aquí un ejemplo. Aunque ya he olvidado en qué ciudad ocurrió, recuerdo haberme detenido ante una magnífica pescadería. Mientras contemplaba las escamas y las aletas y los ojos redondos, que aun muertos parecían llenos de indignación, me sumí, junto con todo sentido del tiempo que pasa, en una visión ictiológica, una visión de todas las orillas y los mares del mundo, de las misteriosas profundidades y maravillas de la vida oceánica. Esa visión no estaba en modo alguno relacionada conmigo: mi ego estaba perdido en ella. Supongo que los verdaderos poetas deben de estar siempre gozando de tales visiones, desasidas e intemporales. Las experimentaba raras veces, bien a la vista de algo, como aquellos peces brillando sobre el mármol, bien después de haber oído a alguien decir simplemente «Francia» o «Italia», o bien al leer meramente las palabras «siglo XVIII»; pero inmediatamente me procuraban la impresión de la inmensa variedad, riqueza y maravilla de la vida en esta tierra. Esa impresión era profunda y gozosa, pero no pertenecía a una experiencia mística y extática, aunque casi estaba tan lejos de esa insípida y rancia aceptación de todo, que encontramos ahora en tantas personas.

Ya en aquellos días tenía yo la impresión de alguna suerte de cambio en el Tiempo. Si me hubiera visto obligado a explicar lo que sentía, acaso habría contestado entonces que me parecía pasar de una clase de experiencia, con cierto efecto temporal, a otra y completamente distinta clase de experiencia, con otro y completamente diferente efecto temporal. Lo que no comprendía a la sazón era que pudiese haber allí algo más que estados de la mente, que realmente hay diferentes órdenes de tiempos dentro del Tiempo mismo, que nuestra

Un día de un niño, con arena y mar y sol, puede parecer algo de un mundo encantado, pero es un mundo que no tiene que estar necesariamente perdido para los adultos. Los momentos en que vuelve a capturar una experiencia así parecen traer «un gusto diferente del Tiempo».

consciencia mora entre muchas dimensiones.

Como he dicho en otro lugar, el *Experiment with Time*, de Dunne, se publicó en 1927, y, como yo tenía que hacer su crítica, lo leí con mucha atención. Pero, por una u otra razón (probablemente porque había decidido escribir, por lo menos, dos novelas largas), aunque el libro de Dunne me fascinó, no despertó en mí un interés inmediato por el problema del Tiempo. Lo que sí consiguió—y esto mismo sucedió a muchos, quizá a la mayoría, de sus lectores—fue darme una consciencia cada vez mayor de mi vida soñante. Aunque de hecho nunca adopté el método de las anotaciones que Dunne aconsejaba a sus lectores, empecé a recordar, a veces con detalle, cada vez más de mis sueños. Fue esto muy afortunado, porque, a mediados de la década de 1930, empecé a tener algunos sueños extraordinarios y poderosos, algunos de los cuales describí en letras de molde.

Esos años correspondían a mis primeros cuarenta y tantos de edad, período climatérico en el que, como con tanta frecuencia ha indicado Jung, el hombre ha de enfrentarse abiertamente con la segunda mitad de su vida, que tendrá un carácter enteramente distinto del de la primera mitad. Empezaba yo a la sazón a leer a Jung, cuya teoría de lo inconsciente colectivo me parecía—como todavía me parece—una de las grandes ideas liberadoras de esta época. Y no pasó mucho tiempo antes de que dividiese toda la atención que podía distraer de mi trabajo—que entonces exigía mucho de mí, especialmente el teatro—entre Jung y el problema del Tiempo, siempre lamentando que tal división fuese necesaria. Si Jung hubiese entregado tanto de sí mismo al Tiempo como entregaba a la alquimia, estoy seguro de que este libro, si necesario todavía en absoluto, habría sido mucho más fácil de escribir.

Ahora debo decir algo respecto a mis comedias, no porque algunas hayan sido denominadas «comedias del Tiempo», sino porque me implicaron en un cambio de Tiempo muy diferente del que había conocido antes. Seré tan breve como pueda, pero se hace precisa aquí cierta explicación. Durante ese período escribí comedias y obras serias. En contra de la opinión general, fueron las comedias las que tardé más tiempo en escribir y las que me exigieron un esfuerzo mucho más consciente. Tras